

Una constante preocupación del autor es iluminar y enriquecer la comprensión del texto por medio de frecuentes y amplias citas del A. T. y, también, por medio de abundantes textos de la religión o filosofía paganas. Es admirable el material que de esta manera nos ofrece la obra. Mucho nos tememos, sin embargo, que tantas citas, acumuladas con desbordante y un tanto anárquica generosidad, resultan indigestas al lector a quien se dirige la obra. Quizás hubiese sido mejor haber hecho una cuidada selección y haber aducido "in extenso" solamente los textos más importantes. Hemos de agradecer, no obstante, a Schiwy su laudable esfuerzo por mostrar, por medio de estas referencias al A. T., la coordinación histórica y teológica de ambos testamentos.

Merece también un elogio la amplia referencia de los lugares paralelos del N. T. Está hecha en general con buen criterio y constituye sin duda un gran servicio para una mejor y más viva comprensión del mensaje evangélico y de su desarrollo teológico ulterior principalmente a lo largo de las cartas paulinas. Al fin y al cabo los autores del N. T., aunque sean "hombres de distinto carácter y de vario talento, de diverso origen y experiencia", anuncian todos al mismo Jesús de Nazaret.

En la extensión de su comentario el autor ha sabido guardar un justo equilibrio según la importancia de cada texto. Solamente en alguna ocasión nos ha parecido que fallaba el sentido de la proporción, teniendo en cuenta los límites y las características de la obra. Así, a la genealogía de Jesús según Mt. le dedica quince páginas (pp. 29-44).

Este volumen primero será completado con la publicación, esperamos que próxima, de otros dos. En el volumen tercero se hallará una escogida bibliografía y un índice de nombres y de materias. Estos índices han de ser de gran utilidad para un manejo más útil y eficaz de la obra que, además de un comentario que interpreta de forma seguida el texto, ha de ser al mismo tiempo un buen léxico de los temas bíblicos más importantes.

JUAN APECECHEA

I. ORTIZ DE URBINA, *Nicea y Constantinopla*, Vitoria, Ed. Eset, 1969.

Aparece en castellano, su lengua original, este primer tomo de la Historia de los Concilios, que, dirigida por el P. G. Dumeige, fue publicada a partir de 1963 por "Editions de l'Orante" en lengua francesa y se encuentra ya notablemente difundida entre los españoles interesados por estos temas. La obra se proponía unas metas muy claras —"ofrecer a un amplio público una serie de estudios serios y accesibles, situados entre las grandes colecciones eruditas y los resúmenes divulgativos", escribía el P. Dumeige en su presentación—, y había sido encomendada a especialistas, cuya madurez científica garantizaba el alto valor de sus trabajos. Estos tomos, en su difícil sencillez, muestran los frutos de una vida seriamente dedicada al estudio. La amplia difusión de los mismos indica hasta qué punto puede considerarse como una obra que ha logrado plenamente sus objetivos.

El P. Ortiz de Urbina había dedicado ya una profunda monografía al símbolo niceno (*El símbolo de Nicea*, Madrid, 1947), estudiándolo fundamentalmente en su aspecto teológico. En este tomo, dentro de la sobriedad que impone su carácter divulgativo, sabe situarnos en el contexto político y eclesiástico anterior al Concilio, nos ofrece un certero resumen de la teología trinitaria del siglo III y un fino análisis de las controversias trinitarias en el siglo IV, deteniéndose, como es natural, en el análisis del símbolo niceno. Igual tratamiento da al Concilio de Constantinopla. Son notablemente valiosas las páginas dedicadas a la divinidad del Espíritu Santo en el examen teológico del símbolo constantinopolitano. En el último capítulo, el Autor estudia la forma en que el Concilio I de Constantinopla adquiere valor ecuménico.

Este tomo tiene detrás mucha ciencia. En la edición castellana no se ha añadido o corregido nada de lo publicado en la edición francesa. Se sigue el mismo formato y casi se ha conseguido la misma numeración de páginas. Quiere esto decir que ninguna de las observaciones de detalle hechas por los críticos a la hora de su publicación (cfr. p. e., Ch. Kanngiesser en "Recherches de Science Religieuse", 53 (1965) pp. 122 ss.) ha sido recogida o contestada por el Autor en esta obra.

Como es sabido, el volumen viene completado con más de cien páginas de "textos" sabiamente seleccionados, una detallada cronología de los años 268 al 304, un mapa con las sedes episcopales representadas en Nicea y unas orientaciones bibliográficas. El esmero con que se han llevado a cabo estos detalles, la profundidad con que se ha enfrentado la temática teológica y la claridad expositiva, hacen de esta obra la ideal no sólo para la iniciación en estos temas teológicos, sino para manejarla con frecuencia. El que se haya hecho más accesible su lectura al público español es un hecho que merece todas las felicitaciones.

L. F. MATEO-SECO

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS, *Carne de Dios. Significado salvador de la Encarnación en la teología de San Ireneo*, Barcelona, Herder, 1969, 275 pp.

En un mismo año han aparecido en España dos serios estudios sobre el Obispo de Lyon. El P. Antonio Orbe, solícito y fecundo investigador sobre el mundo de la gnosis y sobre la teología de San Ireneo, nos ofreció un trabajo inapreciable sobre la "Antropología" en el mismo autor (Véase la recensión en "Scripta Theologica" I, 2 (1970) 560-562). Precisamente el capítulo conclusivo de esta obra, "El pecado de Adán y la Encarnación", podría considerarse como tema central de la tesis estudiada por el P. José Ignacio González, profesor de teología dogmática en la Facultad de Teología de Barcelona. San Ireneo, en efecto, aparece como partidario de una única economía de salvación, sólo desviada, pero no cambiada, a consecuencia del pecado original. En su concepción, Cristo se hubiese encarnado aunque no hubiera existido el pecado de Adán. O en expresión del P. Orbe: "Había que salvar la carne que había pecado; mas no porque hubiera pecado" (o. c. pg. 491).